



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13370

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MARTES 12 DE JUNIO DE 1916

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumarlin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

DE HIGIENE SOCIAL

Una campaña

Por adulterar la mercancía, han sido denunciados esta mañana, los lecheros Fulano, Mengano y Perengano.

(Noticia publicada á diario por los periódicos locales.)

Se impone—la opinión lo reclama perentoriamente,— que por nuestras autoridades municipales se realice una enérgica campaña de higienización social, atacando de frente y sin contemplaciones el fraude y el abuso de ciertos elementos industriales que, guiados por un desmedido afán de lucro, cometen verdaderos atentados contra la salud pública, adulterando y mixtificando un artículo alimenticio de tan primordial necesidad como la leche...

Hay que emprender una enérgica campaña contra ellos, pero no como aquella de hace algunos años, desacerada á todas luces y de negativos resultados, que levantó tan general clamoreo de protesta y fué causa de que dos distinguidos médicos de la localidad dieran con sus discusiones científicas, que parecían inspiradas por enconadas rivalidades políticas, tristísimo espectáculo. Ha de ser seria y eficaz, é inspirándose sólo en el bien de este vecindario.

No constituye una vergüenza que esos adulteradores á diario denunciados atenten contra la salud pública, corriendo por único riesgo al ser descubiertos que se les descomise la mercancía, ó que se les imponga insignificante multa, de segura condonación, y no el proceso, ni la cárcel, ni la imposibilidad absoluta de que sigan cometiendo sus criminosos desmanes? No será posible librarnos de esa infame banda de explotadores?

En reciente congreso de higiene social, del que formaron parte las más distinguidas notabilidades médicas, se sostuvo muy interesante controversia respecto á las relaciones que existen entre la mortalidad infantil y la pureza de las leches consumidas, y se expuso á la vez la insuficiencia de la legislación actual y las modificaciones que en ella es necesario establecer.

El Dr. Bordas, que es uno de los más notables higienistas de Francia, examinó los diferentes fraudes, por selección y por sustracción; la adición de agua ó el batido continuo en la leche desnatada para obtener la densidad exigida por higiene; la adición de alcalinos y antisépticos, á fin de evitar la coagulación producida por los microorganismos introducidos con el agua; la coloración con el bicromato de potasa, y, por último, lo que pudiéramos llamar la *acuosidad fisiológica*, que consiste en someter á las vacas á una alimentación especial muy acuosa y no sacándola de los establos, lo que origina una notable predisposición á la tuberculosis.

Según opinión de médico tan ilustre y la de todos los congresistas, las falsificaciones de la leche deben ser asimiladas no á un engaño en la mercadería vendida, sino á un verdadero crimen, puesto que ocasiona la muerte de un incalculable número de niños.

¿No podría ponerse remedio al mal que denunciarnos, haciendo que recayera todo el peso de la ley sobre los que, inhumanamente, nos hacen correr los peligros de la leche sofisticada?

Sobre esta pregunta, ya lo sabemos, seguirá Demócrito paseando, de acuerdo con los desaprensivos lecheros, su sonrisa de escepticismo.

Autología de poetas clásicos

Coplas

(Continuación.)

XVI

¿Qué se hizo el rey Don Juan?
Los infantes de Aragón
¿qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galán?
¿Qué fué de tanta invención
como trajeron?

Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimbras,
¿fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
de las eras?

XVII

¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus colores?
¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?
¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que lañan?
¿Qué se hizo aquel danzar,
aquellas ropas chapadas
que traían?

XVIII

Pues el otro, su heredero,
don Enrique, ¿qué poderes
alcanzaba!
¿Cuán blando, cuán halagüero
el mundo con sus placeres
se le daba!
Mas verás cuán enemigo,
cuán contrario, cuán cruel
se mostró,
habiéndole sido amigo,
cuán poco duró con él
lo que dió.

XIX

Las dádivas desmedidas,
los edificios reales
lentos de oro,
las vajillas tan febridas,
los enriques y reales
del tesoro.
Los jaeces y caballos
de su gente, y atavíos
tan sobrados,
¿dónde iremos á buscarlos?
¿Qué fueron sino rocíos
de los prados?

XX

Pues su hermano, el inocente,
que en su vida sucesor
se llamó,
¿qué corte tan excelente
tuvo y cuánto gran señor
que le siguió!
Mas, como fuese mortal,
metiólo la muerte luego
en su fragua.
¿Oh juicio divinal,

cuando más arda el fuego
echaste el agua!

Jorge Manrique.

(Concluirá.)

CARTAGENERAS LA PUERTA DE MURCIA

Hace algún tiempo que ciertos vecinos de esta ciudad, seguramente por no haber nacido en ella, han dado en el error de llamar Puertas de Murcia á la calle que existe entre la del Carmen y la plaza de Perfumo (antes de San Sebastián...)

La pluralización del nombre de esta calle, desvirtúa por completo el origen de la misma, y habrá de crear cierta confusión entre quienes desconocían la historia antigua y moderna de Cartagena.

Probablemente haya dado pie á tal error, el derribo reciente de las murallas y de las dos puertas que existían llamadas de Madrid á la salida de la población por la parte N. de la misma; pero ni estas puertas tienen nada que ver con la de Murcia, ni cuando esta última existía, formaba parte de la ciudad el sitio donde las otras estuvieron posteriormente emplazadas, siendo entonces extramuros, el Barrio de San Roque, hoy calle del Carmen.

En la «Descripción de Cartagena y su puerto», por Gerónimo Hurtado, hecha en el año de 1584, se lee: «Tiene Cartagena solas dos puertas de tierra, la una al Norte camino de Murcia, la otra al levante camino de Sant Ginés; llámense con nombres bulgares, llamando la del Norte la puerta de Murcia y la otra la puerta de Sant Ginés; á la mar tiene tres; la del muelle que está en la plaza principal derecha á la boca del puerto, la otra en la misma banda en otra plaza de la pescadería, cuyo nombre tiene, y la otra la puerta del Arsenal en otra plaza que sale á un llano donde se reparan y azen los barcos y nauios.»

De aquella época arranca el nombre de «Puerta de Murcia» dado á la calle que se formó á la entrada por aquel sitio de la ciudad, y Puerta de Murcia ha seguido llamándose hasta nuestros días, particular y oficialmente.

Conste pues, que ni ha habido ni hay en Cartagena «Puertas de Murcia» ni calle de este nombre; y que á los cartageneros cuando leemos este plural, nos hace el mismo efecto que le haría á los madrileños oír decir Las Puertas del Sol ó á los granadinos Las Puertas Reales.

La estatua de Dumas (hijo)



Hoy es el día señalado para ser inaugurada en París la estatua de Alejandro Dumas, el célebre novelista, el autor de «La dama de las Camelias», é hijo de otra celebridad entre los noveladores, el autor de «Los Mosqueteros.»

El autor del monumento es el famoso estatuero Mr. Revé de Saint-Marceaux; que ha hecho una hermosa obra de estilo moderno con tendencias al clásico, bella por su sencillez y por esa simplicidad, que despreciando todo vano adorno, distracción de la vista, hace fijarse ésta en el elemento principal y artístico, en nada perjudicado por el conjunto.

La estatua sedente del gran escritor y dramaturgo, en una postura tan natural como al mismo tiempo acadé-

tura, con el poder de su voz de trueno, con su talento oratorio, aturullaba á la asamblea de iglesia, que caía la vez se iba poniendo más ronc y perdía la cabeza.

Entre los otros pero actores sobresalía también cierto Garaika, rechoucho, de cara redonda, joven, con cabeza cuadrada y perilla fosca. Tenía algunos años menos que Rezún, hablaba siempre con tono decidido y había alcanzado ya gran ascendiente sobre la asamblea. Seguía después Edur, un mujik joven también, flaco, alto, amarillento, de barba rala y ojos pequeños; siempre colérico, siempre tombado, no viendo nunca sino al lado malo de las cosas, y que desconfiaba á menudo á a acababa con sus observaciones inesperadas y sus preguntas apremiantes. Estos otros se habían puesto de parte de Rezún.

Intervenían también á veces en la discusión dos charlatanes; uno de cara bonachona y gran barba rubia, Krakov, que repetía sin cesar: «Mi querido amigo»; otro, un mujik que, con una carita de pájaro, Jitkov, que decía á cada momento: «Resulta, por consiguiente, hermanos míos, y que dirigía indistintamente á todo el mundo homilias muy corrientes, pero sin pies ni cabeza. Los dos defendían ya á Dutlov, ya á Rezún; pero nadie prestaba la menor atención á sus palabras.

Había allí también otros mujiks de la misma ralea;

pero aquellos dos corrían entre la multitud, gritaban más fuerte que todos los demás é infundían miedo á la señora. Era á los que menos se escuchaba; pero embriagados con el ruido y los gritos, se entregaban por completo al placer de montar lengua.

Otros muchos tipos se veía además en la asamblea; los había tristoneros, decentes, indiferentes y avergonzados; también había algunas abuelas con sus varillas en la mano detrás de los mujiks; pero no toda esta gente hablará en otra ocasión, si Dios quiere.

La multitud se componía en gran parte de mujiks que venían á la junta como hubieran ido á la iglesia; hablaban de asuntos de la casa, del momento más favorable para ir á cortar leña al bosque, ó permanecían silenciosos esperando el fin de aquel estrépito.

También se hallaban allí algunos ricaltones que nada podían esperar ni temer la junta. Tal era Ermit, de ancho y reluciente rostro, á quien los mujiks llamaban «el paucado», á causa de sus muchos patacones; y tal era asimismo Starosine que llevaba en su cara la conciencia de su pedr.

—Diréis lo que os dé la gana—parecía gritar por todos sus poros,—to que es á mí nadie me toca. Cuatro hijos tengo; pero irá ninguno.

Román el Rojo, cuyo hijo estaba indicado para quinto, levantó la cabeza y dijo:

—Eso es justo, eso es justo

Y se sentó con despecho en un escalón.

Ya no hablaban todos á un tiempo, excepto los mujiks de las últimas filas que trataban de sus negocios; pero los charlatanes no olvidaban su papel.

—Sí, oleramente hay que juzgar como cristianos, asamblea ortodoxa—decía Jitkov el bajito, repitiendo las últimas palabras de Dutlov—hay que juzgar como cristianos, hermanos míos.

—Hay que juzgar según el alma y la conciencia, mi querido amigo—decía el bonachón Krakov, tirando á Dutlov de la perilla.—Es la voluntad del señor, y no la decisión de la asamblea—añadió repitiendo la frase de Koplov.

—¡Justo, eso es!—decían los demás.

—¿Quién es el borracho que dice esos embustes?—gritaba Rezún encarándose con Dutlov.—¿Eres tú el que me has convidado á la taberna, ó tu hijo, á quien se han de la calle, el que me echa en cara que bebo? hora bien, hermanos míos, si queréis sacar libre á Dutlov, entonces habrá que elegir un quinto, no solo entre los dvojniki, sino también entre los hijos únicos; y él se quedará riéndose vosotros.